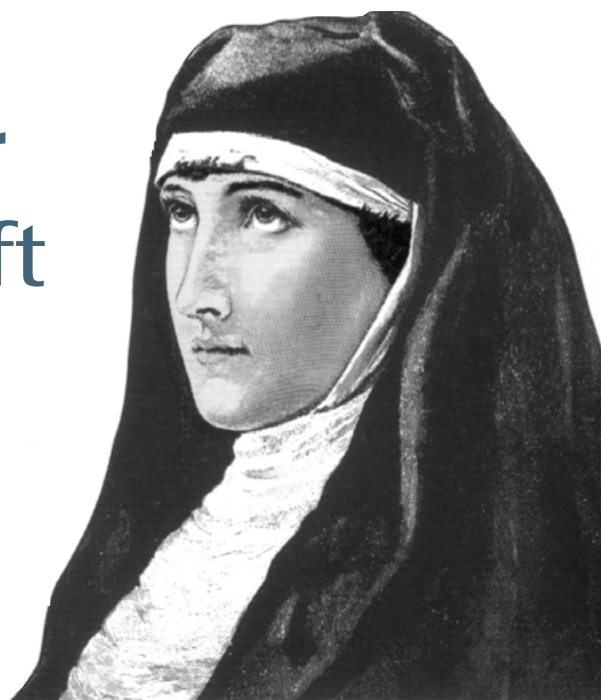


Literatura comparada:

Mariana Alcoforado y Vermeer de Delft



Rosario de Gorostegui

La pintura y la literatura son manifestaciones que responden a necesidades muy parecidas aunque se valgan de diferentes instrumentos para expresarse y, a pesar de que hoy se nos presenten como disciplinas independientes, a lo largo de la historia muchos han escrito sobre su relación. Baste señalar que Horacio en la *Epístola ad Pisones* formula el emblemático *ut pictura poesis* (la poesía es como la pintura) que se divulgará descontextualizado pero que contribuirá al interés por delimitar los campos de estudio y analizar su evolución paralela o tangencial hasta hoy¹. El objetivo de este trabajo es dar un paso más en la tarea de lo interdisciplinar. Los análisis iconográficos e iconológicos en grabados y pinturas encuentran su correlato literario en las distintas corrientes de análisis de textos: la Estilística, el Formalismo, corrientes marxistas, sociológicas, teorías hermenéuticas, desconstruccionistas,

etc. Ambos tratan de dar una o varias explicaciones, hacer una lectura, entre las muchas posibles, de algo que permanece implícito, que sólo se intuye. A esa *posibilidad de ser* del texto o del cuadro me remito para dar también yo otra lectura, esta vez sin ningún criterio científico que justifique la verdad de mi interpretación: es sólo una posibilidad con intención de verosimilitud.

Cayó en mis manos un pequeño libro, *Cartas de la monja portuguesa*, de Mariana Alcoforado². Se trata de cinco cartas escritas por una religiosa desde un convento de Portugal que llegaron a manos de Gabriel de Lavergne, vizconde de Guilleragues, quien las dio a la imprenta en 1669. Con ellas inicia un género literario: la carta *portugaise* que se caracteriza por:

- Referirse a un tema amoroso llevado hasta la locura.
- Son cartas escritas por una mujer.
- La condición de sentirse abandonada.

Pero mi interés no iba dirigido al género epistolar propiamente como única vía de expresión artística de

¹ Para una visión general de la relación entre literatura y pintura desde la antigüedad hasta nuestros días es muy útil el capítulo de Teresa Hernández, "La crítica literaria y la crítica de las artes plásticas", en AULLÓN DE HARO: Teoría de la crítica literaria, Madrid, Trotta, 1994.

la mujer en el siglo XVII, ni al apasionante estudio sociológico del mundo de lo privado o a la disciplina de la vida monacal en los conventos portugueses, temas todos ellos que seguramente aportarían datos reveladores. Se trataba de escribir una carta más con un elemento nuevo: otro personaje robado a la historia que hiciera verosímil el salto geográfico entre la tradición del occidente católico de Europa y la del norte calvinista. Y no sólo por relacionar catolicismo y protestantismo sino por el bagaje cultural y de mentalidades que ambas creencias representan. Frente a una tradición pictórica religiosa en el occidente católico, de cuadros de encargo realizados por los cabildos con imágenes de vírgenes y santos, volcada en los retablos de ciclos marianos, pasiones o advocaciones de santos, de tradición hagiográfica. Una pintura que refleja la dominación económica en manos de la iglesia y circunscrita en algún caso a una pintura civil de retrato de los prohombres, señores adinerados que contratan retratos de familia. Frente a esto, digo, la tradición protestante del norte de Europa que ve surgir una clase media, burguesa, dedicada al comercio más floreciente en los enclaves portuarios de los Países Bajos. Holanda se convierte en la primera potencia comercial del mundo lo que queda de manifiesto en una pintura fundamentalmente civil. El poder económico está en manos de

una clase media en ascenso que puede permitirse pagar cuadros que testimonien su situación. Abundan las escenas de interior donde apreciamos el mobiliario lujoso, los vestidos y joyas. Retratos de lo cotidiano donde la naturalidad de lo privado se enfrenta a la oficialidad de lo público que vemos en los cuadros del sur católico.

En este contexto, mi propósito era hacer creíble la relación indirecta de dos personas: Mariana Alcoforado, monja portuguesa, y Vermeer de Delft, pintor contemporáneo católico holandés. Y convertir la mujer representada en sus cuadros, su mujer Catharina Bolnes, en Mariana. Para ello había una excusa posible: el soldado francés formaría parte de los destacamentos en los dos frentes³.

Por último aclarar que mi intención se reduce estrictamente a lo literario. Digo esto para atajar posibles críticas, acertadas por otra parte, sobre la situación de la mujer relegada a un papel de víctima que el personaje asume y alienta. Con mi breve carta no pretendo apoyar posturas que no comparto por lo castradoras y enfermizas, sino dar un paso más en un juego, el literario, iniciado en 1669 cuando el vizconde de Guilleragues inventó un personaje que hoy forma parte de la historia.

Sexta carta de Mariana Alcoforado

No sé cuánto tiempo podré resistir en esta situación sin que mis hermanas en Cristo sospechen que este arrebatado de amor no se debe a un éxtasis divino sino a una pena de amor humano, tanto que me hace languidecer durante días sin probar bocado siquiera, sin ganas de vivir si no es con el recuerdo constante de mi amado. Porque fueron su fuego y su furia las que me envolvieron en el manto de un tejido alado y me siento transportada a un reino incorpóreo en el que no soy dueña de mí.

Ni sé tampoco por qué tuvimos que entrar en guerra con los españoles y, más aún, por qué vinieron las tropas francesas cuando hace dieciocho años que se firmó la independencia de nuestro país y lo reconoció toda Europa. Quizá todo esto viene a insistir en un destino que estaba escrito para mí mucho antes de que yo empezara a intuirlo. Pero, ¡estoy loca! Si no hubieran venido los franceses a luchar contra los españoles por su errada obstinación no me habría encontrado con él encerrada como estoy en este convento portugués que nunca hasta ahora hubiera pensado dejar. Y, si estoy atormentada día y noche con su imagen, sin embargo, agradezco a Dios este tormento porque también me ha sido dado conocer placeres íntimos vedados en otras circunstancias, desmayos de emoción, ansias que preceden a su llegada, deseos inconfesables y enajenaciones tan dichosas que nunca sospeché que pudieran ser ciertas, si no fuera porque algunas veces me adormecía con las poderosas ensañaciones de una santa de la cercana Ávila.

Mandó a su ayudante para decirme que partía hacia Holanda donde su buen monarca Luis necesitaba de su espada y sus hombres para luchar contra los españoles en otro frente. Mi desesperación no tenía límites al pensar en los meses que me esperaban de silencio y soledad porque no había nadie con quien pudiera compartir mi dolor. Sólo él y las cartas que le enviaba sin esperar contestación, desde la más absoluta desdicha.

Me ama. Sólo así puedo explicar su desvelo, sus palabras tan cercanas, ¡cuántas veces leídas y soñadas!, desgasto el papel de tanto besarlo, acaricio lo que habrán tocado sus manos y lo llevo escondido en mi cuerpo para sentir sus dedos sobre la pluma hiriendo el pliego, hiriéndome de amor en cada trazo. Que me recuerde a pesar de las batallas, jugándose la vida mientras me piensa. ¡Oh amado!, cuidate de tus enemigos, que lo son míos también, de sus venganzas, de la muerte que llevan en cada combate, que lo es mía también. Porque no podría vivir si no fueses tú quien me diera la vida.

Cómo pensar de otra manera cuando me habla de su amigo de Delft, Jan Vermeer, al que ha encargado un cuadro con mi imagen y da continuamente detalles de mi rostro, la expresión de los ojos, el vesti-

2 ALCOFORADO, Mariana: Cartas de la monja portuguesa, tr. y or. de Francisco Castaño, ep. De Reiner María Rilke, Madrid, Hiperión, 1987

3 Guerra de la restauración portuguesa (1640-1668). Comienza una larga guerra contra España en la que los independentistas logran resistir apoyados por Inglaterra y Francia. En la Paz de Westfalia (1648) se reconoce la independencia portuguesa por toda Europa. Pero la guerra prosigue bajo Alfonso VI (1656-1683). En cuanto a la política exterior francesa, en 1661 Luis XIV asume el poder y pretende reforzar la hegemonía francesa en Europa engrandeciendo el reino por el este y el norte (frontera del Rin).

do de seda amarillo con el cuerpo ribeteado de armiño blanco, las perlas rodeando el cuello y la carta, esa carta que continuamente escribo en mi pensamiento hasta que puedo estar enteramente para él y brota como una cascada que me es imposible contener. Y son palabras de amor, versos en los que imagino una arena deliciosa, un mar embravecido, un horizonte sin límites, abierto y nuestro.

Acordes marinos para tocarte en un verso

*Las olas borrarían con un beso nuestros pasos,
huella fría por la ausencia como adiós de madrugada,
si fueran nombres en la arena,
pero están escritos con sed y colores
en la memoria azul de las mareas.*

*Se apaga el horizonte que asomó rojizo,
guardo el sabor salado de tu piel en marzo
como el rumor del mar la caracola.*

Esa carta que recibo de manos de una hermana y sólo su contacto, todavía antes de abrirla, detiene mi respiración; que guardo como un tesoro hasta que soy capaz de resistir el embate de sus palabras sobre mi débil corazón. Soy yo, ¡pobre de mí!, quien presidirá su estancia, quizá junto a su lecho colocará el retrato, no sé si merezco tanta dicha cuando podría conseguir a señoritas con porvenir deseosas de oír una sola de las palabras que han escuchado mis oídos.

Mi respetado Jan Vermeer, a ti apelo para que me hagas vigía de los pasos y la suerte de mi amado, para que me conviertas en un ángel a su lado, para que me acerques un poco a ese nuevo mundo al que se ha llevado mi corazón y yo, rota, dividida entre mi cuerpo, en estos muros, y mi alma, con él, ponga fin a este sin vivir. Maestro Jan Vermeer, píntame escribiendo las cartas eternas que le mando; leyendo con pasión las que recibo; recogiendo los pliegos que me llegan en la habitación oscura donde habito, que se detiene mientras quedan en el aire las últimas notas del salmo que interpreto para no morir asfixiada por la necesidad de sus palabras; frente a la ventana desde donde lo vi por primera vez y de la que no me separo si no es imprescindible, para evocar constantemente el momento en que descubrí que la felicidad pasaba a caballo frente a ella y donde recreo mundos a los que huir que pertenecen a los sueños pero tanto necesito en estos momentos de extrema soledad. Y píntame también vistiéndome para él antes de abandonarme a sus palabras, arreglándome el tocado, trenzándome el cabello frente al espejo, con su carta llamándome desde la mesa y yo, preparándome para el más sagrado de los ritos. ¡Oh maestro!, que mi retrato sea el más real de cuántos hayas pintado, que tu pincel escuche la voz de mi amado y vuele mi alma a tu lienzo para no seguir presa entre estos muros sino en tu tela para su deleite.

Prométeme imágenes íntimas para que mi amado pueda recuperar en los cuadros la verdad de mi vida, esa mirada hacia la ventana que se convierte diariamente en una necesidad de soñar con parajes más allá de este mundo estrecho y oscuro. Porque hay otra luz ahí fuera, de colores vivos y no mortecinos, por eso necesito vestirme de sol contrastando con el ambiente que me rodea. He mandado colgar en mi alcoba un mapa de Europa y secretamente mido la distancia que nos separa, recorro los pueblos, provincias y países hasta llegar a él y en los arrebatos de locura pienso en escapar y embarcarme en cualquier barco que se dirija al norte. Sólo me frena que pueda ser un estorbo mientras defiende su bandera en la batalla. Y lo último que quiero es causar algún mal, algún disgusto que le obligue a dejar de quererme; no lo resistiría.

Prométeme, pintor, una tela tan elocuente como la música de mi laúd tañendo, llorando de tristeza al recordarlo y al mismo tiempo alegre por conocer esa inmensa felicidad que solo él pudo darme. Una tela que desprenda ese universo de complicidad que late en cada rincón de mi estancia, impregnada de todos los secretos que me caben en el alma, una habitación cargada de música, palabras, sueños, anhelos, donde la atmósfera pese de deseo y pueda respirarse como yo lo respiro y me envuelve constantemente. Lo amo como se ama al aire que nos mantiene vivos, a su existencia asocio todo lo bueno, lo limpio, lo sagrado, a él rezo con la seguridad de que me escucha porque es tanto el amor que siento, que no puede quedar indiferente quien ha sido tocado con este don maravilloso de amar y ser amado. ¡Oh, Dios mío! no sé cuánto más podré resistir en este tormento, en la locura de su ausencia. Sólo me mantiene viva el final de su batalla y la imagen de su abrazo; es lo único que puede compensar tanto sufrimiento. Abatida, consumida por el deseo, vivo para él, soy suya.

